

LAS MARCAS DELATORAS

Era un gran día para la familia Dorman. Después de años de esperar, planear y ahorrar, la callecita de entrada que llevaba a su casa iba a ser pavimentada. ¡Tendrías que haber visto las zanjas y los pozos en esa vieja entrada! Eran el hazmerreír de los vecinos, y resultaban terribles para la suspensión de los autos. Pero todo eso había terminado ya. Para la noche habría una hermosa y lisa calzada de asfalto desde la calle hasta la casa.

Cuando el trabajo estaba casi terminado, el hombre que lo hacía le dijo al papá que debía evitar que los vehículos pasaran por la superficie nueva, por lo menos por veinticuatro horas.

- Después de eso -le decía - estará suficientemente dura, y cuantos más autos pasen sobre ella, mejor. Pero no deje que esta noche pase nadie.

Con esta advertencia resonando en sus oídos, y el recuerdo de lo que le estaba costando, el papá decidió que nadie iba a arruinar su camino nuevo, si él podía evitarlo. Después de poner algunos fuertes obstáculos atravesados a la entrada de la calle, dijo a toda la familia que se mantuviera a distancia, ¡O si no...!

- ¿Eso también va para mí y mi bicicleta? -dijo Ernesto.

- Por supuesto -dijo el papá -. Una bicicleta quizá no haga mucho daño, pero no estoy dispuesto a correr riesgos.

- Pero quiero salir a dar un paseo con Tito esta tarde -rezongó Ernesto.

- Entonces puedes caminar hasta la calle -replicó el papá.

- ¿Empujando mi bicicleta?

- No te va a hacer daño -dijo el papá - y asegúrate de hacer lo mismo al regresar.

Ernesto se enojó un poco, pero obedeció. Cuidadosamente empujó su bicicleta hasta la puerta, la montó y salió.

Estuvo con Tito dos o tres horas, y cuando regresaba a la casa ya había caído la noche.

Al acercarse a la callecita, los obstáculos lo detuvieron.

Allí se dio cuenta de que había olvidado completamente el asunto.

"Oh, no -dijo desanimado- ¡Ahora tengo que caminar hasta la casa! ¡Y estoy tan cansado!"

Entonces se le ocurrió que nadie lo vería si pasaba por el camino nuevo en la oscuridad.

Tanteó el asfalto con su mano. Estaba frío y firme. "No veo por qué tengo que caminar -se dijo- Una bicicleta no va a hacer ningún daño y, además, nadie lo va a saber" .

De manera que subió a su bicicleta y pedaleó hasta la casa.

Nadie en la familia le preguntó nada, y se felicitó a sí mismo de haberse salido con la suya y haber desobedecido con tanta astucia que nadie se había dado cuenta.

Pero había olvidado algo. Cuando se pavimenta con asfalto, por ser totalmente negro, muestra cada marca y cada pisada por varios días después de haber sido puesto.

De manera que cuando Ernesto miró por la ventana de su dormitorio a la mañana siguiente, se sintió realmente atemorizado. Porque allí, en el medio del camino, estaban las inconfundibles huellas de las ruedas de su bicicleta.

No es necesario decir que no pasó mucho tiempo hasta que el papá también las hubo visto, y todos los demás de la familia.

Todos esperaban que de un momento a otro cayera el castigo, como efectivamente ocurrió un rato después.

- No es que tu bicicleta haya hecho daño -dijo el papá -, sino el hecho de que desobedeciste. Eso es lo que me preocupa. Quisiera poder sentir que puedo confiar en ti siempre, de día o de noche, a la luz o en la oscuridad.

Ernesto dijo que lamentaba mucho lo que había hecho, y que nunca más lo iba a hacer. Pero hay que pagar un precio por los errores cometidos, y Ernesto recibió la orden de no usar su bicicleta por dos semanas.

Así que mientras los demás se divertían paseando por el liso camino de asfalto, él tenía que conformarse con mirarlos.

No es buen negocio desobedecer, porque de una manera o de otra tu pecado se hará evidente tarde o temprano.